

DOI: <https://doi.org/10.29105/gmjmx19.36-469>


Artículos

EL PERIODISTA COMO SUJETO RESISTENTE: JAMES SCOTT Y LAS RESISTENCIAS COTIDIANAS EN EL PERIODISMO

THE JOURNALIST AS A RESISTANT SUBJECT: JAMES SCOTT AND EVERYDAY RESISTANCE IN JOURNALISM

Deneb González Méndez

Universidad Iberoamericana, México

 <https://orcid.org/0000-0001-5876-8758>

Autor para correspondencia: Deneb González Méndez, email: deneb.gonzalez@gmail.com

Resumen

La presente propuesta constituye un acercamiento teórico a las resistencias en el ámbito periodístico. A partir de una revisión teórica y conceptual, se explora hasta qué punto los postulados del politólogo y antropólogo norteamericano James C. Scott sobre las resistencias cotidianas podrían servir de punto de partida y sustentar una investigación sobre las resistencias de los periodistas en su producción, prácticas y rutinas. La capacidad de resistir puede ser considerada una característica inherente al individuo; de allí que los periodistas puedan también oponerse, resistir, enfrentar, encarar, evadir y cuestionar las relaciones de poder o situaciones de conflicto que se generan en sus espacios cotidianos y laborales. Este estudio sostiene que las resistencias en el ámbito periodístico tienen puntos en común con las nociones de Scott sobre las resistencias cotidianas, dado que las resistencias de los periodistas muy pocas veces pueden darse en términos de insurrección o de forma abierta y declarada, sino más bien como micro resistencias cotidianas, comportamientos y actitudes sutiles y encubiertos. A tono con ello, se propone estudiar las resistencias cotidianas de los periodistas a partir de dos dimensiones: formas del discurso disfrazadas y ocultas y formas del discurso oculto como práctica.

Palabras claves: resistencias cotidianas, James C. Scott, resistencias en el periodismo, resistencia sutiles, formas ocultas de resistencia.

Abstract

This proposal constitutes a theoretical approach to resistances in the journalistic field. Based on a theoretical and conceptual review, it explores to what extent the postulates of the American political scientist and anthropologist James C. Scott on everyday resistance could serve as a starting point and support an investigation on the resistance of journalists in their production, practices, and routines. The capacity to resist can be considered an inherent characteristic of the individual, so that journalists can also oppose, resist, confront, face, evade, and

question the power relations or situations of conflict that are generated in their daily and working spaces. This study argues that resistances in the journalistic field have points in common with Scott's notions of everyday resistances, given that journalists' resistances can very rarely occur in terms of "insurrection" or in an open and declared manner, but rather as everyday micro resistances, daily, subtle, and covert behaviors and attitudes. In line with this, it is proposed to study journalists' daily resistances from two dimensions: disguised and hidden forms of discourse and forms of hidden discourse as a practice.

Keywords: *everyday resistance, James C. Scott, resistance in journalism, subtle resistance, hidden forms of resistance.*

Recibido: 27/04/2022

Aceptado: 07/07/2022

Introducción

Una mirada a la evolución histórica de la humanidad basta para afirmar que el acto de resistir es una característica inherente al individuo. En cada estadio de progreso, ya sea material, cultural, social o político, el ser humano ha tenido la capacidad de resistir ante diferentes formas de dominación y relaciones de poder.

La resistencia ha sido para muchos una forma de encarar y enfrentar alguna forma de opresión, para otros, un recurso que les ha permitido mantenerse en pie y sobrevivir. La propia diversidad entre las personas, grupos y sociedades hace que las resistencias sean heterogéneas tanto en sus formas como en objetivos y finalidad.

Según Brown (1996) la resistencia junto con sus innumerables refinamientos y mutaciones se ha convertido en un tema central, incluso dominante, en el estudio de la vida social. Sin embargo, el término

ha sido vagamente definido; algunos académicos la ven en todas partes y otros en casi ninguna (Weitz, 2001), un aspecto que ha generado diferentes posturas a la hora de plantear qué se asume por resistencia.

En ocasiones su alcance y significado se han ampliado en demasía, llegando a un uso indiscriminado que socava su utilidad analítica (Brown, 1996); mientras que en otras han dejado fuera manifestaciones un tanto sutiles o menos evidentes que bien podrían considerarse formas de resistencias. Reducir el significado de resistencia a revoluciones, insurrecciones, protestas, o ampliarlo al punto de concebir todo comportamiento como forma de resistencia conduce inevitablemente a una ausencia de claridad respecto al término y su aplicación.

Los investigadores han utilizado el concepto de resistencia para abordar una amplia variedad de acciones y comportamientos en todos los niveles de la vida social humana y en diferentes entornos

(Hollander y Einwohner, 2004). La literatura da cuenta de formas de acción colectiva como revoluciones, insurrecciones, movimientos sociales (Friedman et al., 2005; Goldstone, 1991; Tilly, 1978; Scott, 1976; Skocpol, 1979); respuestas a amenazas masivas o al aumento de represión (McAdam et al., 2004); movimientos de resistencia que buscan conservar la identidad de los pueblos a partir de sus creencias, ritos, religión, liderazgos, la defensa de la tierra y el territorio (Klein, 2008); formas de activismo y desobediencia civil para resistir el nacionalismo, el sexismo y la guerra (Hughes et al., 1995).

En cada etapa histórica individuos, ya sea que se encontraran en posiciones opresión, bajo determinado régimen social o, en situaciones de discriminación o dominación, han desarrollado formas de resistencia organizadas y con objetivos bien definidos para enfrentar abiertamente diversas relaciones de poder. Algunas terminaron siendo frustradas en el intento, otras condujeron a importantes cambios sociales.

No obstante, hay formas de resistencias que implican algún grado de confrontación sin que se conviertan en revoluciones, como es la participación en resistencias colectivas para oponerse, para no cooperar ni someterse a determinado control, violencia o comportamiento abusivo (Profitt, 1996); resistencias dispersas que pueden darse en lo individual o a pequeña escala, tanto de manera sutil y cotidiana como ruidosa y extraordinaria (Lijia & Vinthagen, 2018). Incluso pueden encontrarse resistencias que no están en el terreno de la lucha de clases sino que se dan en el ámbito de la organización

(Fleming, 2005; Harding et al., 2017; McCabe et al., 2019; Zanin & Bisel, 2017), en lugar de trabajo (Courpasson et al., 2012; Courpasson, 2015; Fleming & Sewell, 2002; Mulholland, 2004), o al interior de la familia, el matrimonio, las relaciones interpersonales, de parentesco y género (Abu-Lughod, 1990).

Las resistencias, por tanto, no son exclusivas de un contexto particular, ni involucran situaciones o sujetos específicos. La literatura en ese sentido es clara, sobre todo porque ha reconocido una amplia gama de escenarios y circunstancias en los que la resistencia ha sido una posibilidad de interacción social.

Pero, ¿qué sucede cuando la resistencia sale de los marcos de esos escenarios socialmente reconocidos como espacios resistentes?, ¿pueden los sujetos manifestar resistencias en contextos más reducidos y en formas menos evidentes y abiertas? y ¿puede la resistencia expresarse de forma sutil sin tener objetivos bien definidos?

Es cierto que entre las comprensiones sobre resistencia ha predominado el sentido revolucionario del término o la idea de comportamientos abiertos y declarados de individuos en su mayoría organizados, pero algunos investigadores han apostado por asociar el significado de las resistencias a formas de luchas cotidianas, encubiertas y disfrazadas (Scott, 1985; 2000), tácticas y estrategias de resistencias diversas que se van adecuando según las circunstancias de dominación cotidianas a las que se es sometido (Bonfil, 1990), estrategias cotidianas de supervivencia que en momentos determinados se convierten en formas sutiles de rebelión subalterna

(Brown, 1996), conductas o actitudes resistentes que se manifiestan durante los procesos de agencia y conciencia de los individuos (Carr, 1998) y como tácticas cotidianas que los débiles emplean de manera astuta ante la ausencia de poder (De Certeau, 1996).

Fue justamente el politólogo y antropólogo norteamericano, James C. Scott, quien orientó la mirada hacia estas otras maneras de entender las resistencias desde lo cotidiano, como una especie de infrapolítica. En el prefacio de *Weapons of the weak. Everyday forms of peasant resistance*, Scott (1985) reflexionaba que durante el devenir histórico, la mayoría de las clases subordinadas pocas veces se han permitido el lujo de llevar a cabo una actividad política abierta y organizada.

La noción de resistencia entendida desde lo cotidiano, oculto, menos evidente y organizado ha encontrado cabida en otros escenarios fuera de las luchas campesinas. Siempre que las clases y grupos subordinados, colectivos e individuos se encuentren en circunstancias de opresión o bajo algún tipo de relación de poder, existe la posibilidad de resistir en la cotidianidad, ya sea para encarar, enfrentar u oponerse a las formas de dominación o simplemente para evadirlas, mostrar desacuerdo o inconformidad.

La idea de lo cotidiano podría ser el punto de partida para abordar las resistencias en uno de los contextos donde la oposición abierta, declarada o en el sentido de insurrección no es la perspectiva más adecuada para comprender las formas que adoptan los individuos para de alguna manera enfrentar, evadir o convivir con el poder.

Pocas veces se piensa en el periodista como un sujeto resistente o en el periodismo como un espacio desde el que es posible resistir. Se concibe mayormente a los periodistas como individuos que responden ante poderes e intereses políticos, económicos, propagandísticos, etc., y a la profesión en sí misma como inmersa en múltiples influencias y presiones de diversa índole.

En los entornos periodísticos resistir abierta y declaradamente en escasas ocasiones constituye una alternativa viable; pero pensar que la vida laboral de los periodistas está sumida siempre en la pasividad, la aceptación y la obediencia a esos poderes supone dejar al margen algunos comportamientos que, aunque sutiles y no tan evidentes, podrían catalogarse como formas de resistencia.

Estos razonamientos llevan a proponer los postulados de James Scott sobre las resistencias cotidianas como un posible punto de partida o sustento en la construcción de un marco teórico para estudiar las formas de resistencias de los periodistas.

Con ese objetivo en mente, se abordarán en primer lugar los fundamentos claves de la propuesta de Scott sobre las resistencias cotidianas, sobre todo aquellos que pueden ser aplicados en contextos más allá de las luchas campesinas, y las principales críticas o aportes de otros autores a su obra. Posteriormente, se analizarán las investigaciones en periodismo que con anterioridad se han acercado a la cuestión de las resistencias, y finalmente, se presentará una propuesta teórica para el estudio de las resistencias cotidianas de los periodistas.

Marco teórico

James Scott: “Las formas cotidianas de resistencias no aparecen en los titulares”

Cuando Scott (1985) planteó que “las formas cotidianas de resistencia no aparecen en los titulares” (p. xvii), no se refería a cuestiones periodísticas, sino al hecho de que si los campesinos logran desestabilizar el poder en algún momento, la atención se centra en el resultado final y no en los múltiples pequeños actos sutiles de insubordinación y evasión que lo hicieron posible.

Al estudiar a los campesinos en su espacio de convivencia Scott (1985) encontró que las luchas de estos se limitaban muchas veces a la trastienda de la vida del pueblo, mientras que en la vida pública, en los escenarios cargados de poder, prevalecía en su mayor parte una conformidad cuidadosamente calculada. Para los campesinos la caza furtiva, la ocupación fragmentaria de tierras, el hurto, la deserción, las fugas, la labor morosa y formas aún más disfrazadas como el chisme, el rumor, el disimulo, la ignorancia fingida y las calumnias constituían sus formas de resistir en el día a día (Scott, 1985).

Según el autor el énfasis en las rebeliones campesinas, está fuera de lugar, primero porque ocurren muy esporádicamente, y segundo porque casi siempre son aplastadas. En cambio, resulta a su juicio más importante comprender las formas cotidianas de resistencia campesina, lucha que él define como prosaica pero constante entre los

campesinos y los que busquen extraer de ellos mano de obra, alimentos, rentas e impuestos (Scott, 1985).

¿Qué sentido tiene cuestionar y enfrentar abiertamente al poder si en consecuencia se perdería lo poco que se tiene? Las resistencias cotidianas son para Scott una cuestión básica de supervivencia. Las clases subordinadas no pueden concentrarse en cambios estructurales a largo plazo ni radicales porque para ellos es más urgente ganarse la vida en el día a día. Sus luchas se concentran a corto plazo, en el afán de no ver reducidas las opciones reales que disponen.

Se señala entonces que la finalidad u objetivos de sus resistencia responden sobre todo a necesidades básicas y elementales, esto es, a obtener ganancias inmediatas. No se trata de una resistencia abierta que persigue cambios estructurales ni radicales, sino de una resistencia que elude el enfrentamiento directo con el poder. Es normal incluso que frente a ese poder se opte por el disimulo, el disfraz, los actos encubiertos.

Los campesinos de Sedaka, nombre que le dio Scott a la aldea de agricultores de arroz de un pueblo de Malasia, no podían oponerse abiertamente a los designios del patrón, dueño de la tierra y los medios de producción, porque perdían su único sustento, pero podían ser morosos en su trabajo, manifestar un falso cumplimiento de sus tareas o fingir cierta ignorancia ante las órdenes del jefe. No podían exponer todos sus reclamos y exigencias, pero optaban por demorar el pago de los impuestos; si el salario no era suficiente para dar de comer a sus familias recurrían a pequeños hurtos y sabotajes en los que era muy difícil determinar un culpable.

Pero las resistencias de los campesinos no se reducían a la suma de ciertos actos y comportamientos, se trataba sobre todo de una unidad entre los actos y la conciencia, normas y símbolos. Las diferentes formas y recursos del lenguaje, los ritos, tradiciones, la cultura popular y las creencias compartidas se convertían en vehículos para manifestar ciertas resistencias cotidianas.

Al intentar responder la pregunta de qué es resistencia el autor plantea algunas interrogantes entre ellas si se considera resistencia un acto individual que no implique una acción colectiva ni desafíe abiertamente las estructuras de propiedad y dominación, o si se puede llamar resistencia a un acto simbólico. Scott apuesta por entender la resistencia tanto en lo individual como en lo colectivo, y asume que la resistencia puede ser también ideológica o simbólica, y es lo que permite a los pobres muchas veces enfrentar las imposiciones de los ricos (Scott, 1985).

Aunque Scott (1985) sostiene que al estudiar las resistencias se debe reparar más en las intenciones de estas que en las consecuencias, porque no toda resistencia logra alcanzar sus objetivos o el efecto deseado, este planteamiento ha encontrado tanto seguidores como detractores. Coincidiendo con Scott, Leblanc (1999) argumenta que al abordar las resistencias se deben detallar los actos de resistencia pero también la intención subjetiva de las mismas. Por el contrario, para autores como Weitz (2001), evaluar la intención detrás de las resistencias es casi imposible; pero en otro extremo como en el que se sitúa Hebdige (1979), algunos actos subversivos pueden ocurrir sin que los actores tengan plena

conciencia del sentido resistente que hay detrás por ejemplo de un corte de cabello, de una forma de vestir o del uso de determinados accesorios.

A juicio de Scott (1985) existe una especie de dicotomía entre lo que algunos llaman la resistencia real, esa que es organizada, sistemática, basada en principios bien definidos, que puede traer consigo consecuencias revolucionarias y enfrenta y niega abiertamente la dominación; y la resistencia simbólica, la que tiende a ser desorganizada, no sistemática, individual, autoindulgente, sin consecuencias revolucionarias y que, por tanto, puede acomodarse al sistema de la dominación. Scott en sus argumentos niega por completo el hecho de que la resistencia simbólica sea trivial e inconsecuente porque al establecer como válida únicamente la resistencia real se obvian muchas de las luchas que cotidianamente desarrollan las clases subordinadas en diferentes entornos represivos.

Una de las principales controversias alrededor de las resistencias es si esta debe ser reconocida, o no, por otros individuos (Hollander & Einwohner, 2004). Mientras para Scott (1985) la resistencia no tiene necesariamente que ser reconocida como tal por los sujetos a los que va dirigida o por quienes la presencian, e incluso puede tener como objetivo permanecer oculta, algunos autores opinan lo contrario; Rubin (1995) señala, por ejemplo, que solo deben considerarse como resistencias aquellos actos colectivos visibles cuyo resultado es un cambio social determinado, pues los llamados actos cotidianos de resistencia son casi imperceptibles y entrarían en la definición minimalista del término, según la cual cualquier

comportamiento puede ser asumido como resistencia.

Según las valoraciones de Hollander & Einwohner (2004), un acto puede identificarse como resistencia por los objetivos, es decir, aquellos a quien va dirigida la resistencia, o por quienes la observan, espectadores en el momento en que estas se producen, público en general o investigadores. En el caso de las resistencias cotidianas que aborda Scott, estas no se reconocen por los objetivos pero sí por los observadores (Hollander & Einwohner, 2004).

Las resistencias cotidianas de las que habla Scott tampoco implican necesariamente un enfrentamiento contra el poder. Muchas de las formas de resistencia que pudo analizar no se encaraban directamente al sistema de dominación existente sino que se acomodaban a él; los campesinos buscaban la mejor manera de convivir con las diferentes relaciones de poder; porque tanto las resistencias como las formas de dominación son cotidianas Scott (1985).

Otra de las críticas a la obra de Scott tiene que ver justamente con la relación poder-resistencia. Según Vinthagen y Johansson (2013), el antropólogo norteamericano no integró en sus análisis los procesos dinámicos e interactivos que existen alrededor del poder. A juicio de estas autoras, la resistencia y sus actores deben verse en relación con el poder, de allí que proponen el entender la resistencia cotidiana como una práctica que se enreda con el poder también cotidiano (Vinthagen y Johansson, 2013).

Según Scott (1985), en la medida que se dan formas rutinarias de resistencia, también se configuran formas rutinarias de represión que de alguna manera disciplinan, en este caso a los campesinos pobres, y los condicionan para saber qué les espera ante una insurrección. Incluso, para el antropólogo, la naturaleza de cualquier resistencia depende no solo del control o dominación que se ejerza sobre los individuos, sino también de la forma en que se concibe la probabilidad y gravedad de las represalias que pudiera traer consigo cualquier acto resistente.

Los problemas alrededor de los conceptos de resistencia no radican para Scott en la cuestión de las intenciones, el significado o las consecuencias de la resistencia misma, sino en la insistencia de los diferentes estudiosos del tema de establecer una distinción excluyente de lo que asumen como resistencia real.

Un pensamiento equivocado según Scott es descartar los actos de resistencia individual porque se asuman como insignificantes, pero también lo es el hecho de reducir el término resistencia a las acciones colectivas y organizadas. No es desacertado, según el antropólogo norteamericano, pensar en varias formas y niveles de resistencias que distingan entre la resistencia formal e informal, individual o colectiva, pública o anónima, entre aquellas que enfrentan directamente al sistema de dominación y las que apuntan a causas menores pero que no dejan de ser importantes.

No fue posible para Scott conocer estas formas de resistencias cotidianas a partir únicamente de sus observaciones como investigador. La

experiencia humana de los sujetos que estudió fue vital para comprender los diferentes procesos de resistencia que llevaban a cabo. Sus interpretaciones sobre el fenómeno, sus puntos de vista, fueron, sobre todo, un complemento.

Lo más importante a juicio del antropólogo norteamericano fue escuchar atentamente a los agentes humanos que estudió, sus experiencias, categorías, valores y su comprensión de la situación que los rodeaba. Las evidencias, descripciones y experiencias aportadas por los actores sociales de la aldea las completó con sus propias interpretaciones sin que estas reemplazaran las vivencias de los protagonistas (Scott, 1985).

En esencia, la resistencia cotidiana que describe James Scott es de poca organización y menos de organización política. Son formas de lucha que podrían catalogarse como resistencias primitivas; entendiendo que el término primitivo implica que tales formas de resistencia son estrategias cotidianas, continuas y permanentes de las clases rurales subordinadas (Scott, 1985).

Esta noción de lo cotidiano y sutil es justamente lo que permite llevar la propuesta de Scott hacia otros escenarios más allá de las luchas campesinas. Desde esta comprensión de las resistencias como cotidianas se puede pensar en múltiples espacios y contextos de la vida social, como el periodismo, donde la resistencia encubierta y no declarada es una opción viable para los individuos.

Las resistencias en los estudios en periodismo

Estudios empíricos en diferentes campos de investigación han empleado el concepto de resistencias cotidianas para abordar, por ejemplo, las experiencias de vida en las escuelas (Mathison, 2019); los mecanismos que utilizan las mujeres en una comunidad del desierto occidental de Egipto para resistir las estructuras de poder establecidas socialmente (Abu-Lughod, 1990); las estrategias, hábitos y tácticas resistentes que emplean los hackers en su día a día (Coleman, 2017); y las formas de resistencia organizacional frente al gerencialismo en la educación superior (Anderson, 2008).

Ninguna de estas formas de resistencia pueden entenderse, claro está, en términos de revoluciones o protestas; la mayoría de ellas ni siquiera traspasaron el reducido espacio en el que fueron desarrolladas, y algunas, en su momento, pueden no haber sido reconocidas como resistencias por todos los sujetos involucrados. Pero para los individuos que manifestaron estos comportamientos constituyeron una forma de encarar las situaciones de opresión a las que estaban sometidos.

Las investigaciones que desde el periodismo hablan de resistencias no suelen abordarlas desde lo cotidiano o sutil, y en muy raras ocasiones se conceptualiza qué se entiende y se asume por resistencia, y no se esclarecen referentes teóricos o autores que sustenten el abordaje de las resistencias en este contexto.

Los estudios en periodismo se concentran sobre todo en las resistencias de los reporteros ante cambios estructurales-organizativos (Bunce, 2019;

Daniels & Hollifield, 2002); modificaciones en sus rutinas y prácticas de trabajo (Ryfe, 2009a; 2009b) y transformaciones asociadas a la convergencia mediática en las redacciones (Retegui, 2017; Salaverría & Negredo, 2008; Singer, 2004; Taming & Broersma, 2013; Yin & Liu 2014); la resistencia a la gubernamentalidad neoliberal a partir de la promulgación de subjetividades alternativas (Norbäck, 2019); las resistencias que se desencadenan por conflictos internos en medios de prensa (Schulte, 2014); y las que surgen debido a presiones externas (Hanusch et al., 2015).

Estas resistencias estudiadas en el contexto periodístico no se asocian a insurrecciones y, aunque tampoco se incorpora el sentido de lo cotidiano, muchas de ellas se manifiestan en el quehacer diario de los periodistas, algunas de formas más abiertas que otras, pero en esencia son considerados comportamientos resistentes.

La mayor limitante de las investigaciones en periodismo que abordan los procesos de resistencia es que en muchas de ellas las resistencias no constituyen el objeto de estudio, sino que aparecen como resultado o elemento colateral de otros fenómenos analizados.

Los autores que en el campo periodístico se acercan a las resistencias no comparten un marco teórico conceptual. Los estudios carecen de referencias que hablen de las resistencias desde la óptica del individuo, en entornos laborales o en la lucha de clases. El término resistencia se emplea para designar los comportamientos o reacciones que impliquen cualquier tipo de oposición, rechazo o desacuerdo; no suelen establecerse parámetros o

indicadores que permitan definir acertadamente qué se asume como resistencia.

La mayor parte de los estudios que emplean el término se limitan a reconocer que existe una resistencia por parte de los periodistas y en algunos casos a determinar la causa de las mismas. Pero pocas veces indagan en el cómo se manifiestan las resistencias, qué tipo de comportamientos se involucran, qué intenciones u objetivos se persiguen a través de ellas o qué tan evidentes o reconocibles pueden llegar a ser dentro de un determinado contexto.

Más allá de la idea general de resistencia, muy pocos se han aventurado a establecer el nexo entre las resistencias cotidianas y el periodismo. Solo ciertos trabajos, como el de las autoras González de Bustamante & Rely (2021), han apostado por las concepciones de James Scott para entender las formas de resistencias cotidianas que emplean los periodistas en México para protegerse de las amenazas y agresiones que atentan contra su vida.

Para estas autoras, las formas de resistencias cotidianas no son más que las respuestas de los periodistas a agresiones y aun entorno hostil que implica cambios o alteraciones menores en el flujo de trabajo y en la práctica diaria del periodismo (González de Bustamante & Rely, 2021).

La autocensura para protegerse a sí mismos, a sus familias y sus fuentes, establecer protocolos de seguridad personal, grabar siempre las entrevistas y llamadas telefónicas y hacer las entrevistas en lugares públicos, eludir temas como las guerras entre grupos criminales, evitar utilizar a la policía local como fuente, pasar el menor tiempo posible en las

salas de redacción, usar automóviles sin identificación, usar credenciales de prensa en todo momento; fueron solo algunas de las formas de resistencias cotidianas que encontraron González de Bustamante & Relly (2021) al intentar develar cómo reaccionan o se comportan los periodistas mexicanos en estos contextos de agresión y violencia.

Al igual que el antropólogo norteamericano, ambas autoras determinan que en el terreno periodístico esas resistencias cotidianas se manifiestan a la par de otras formas de resistencias, que ellas llaman extraordinarias, y que por el contrario sí son abiertas y declaradas e implican cambios dramáticos, drásticos o sin precedentes en el flujo de trabajo y en las prácticas periodísticas como puede ser el salir del país en el que trabajan y buscar asilo en otro, usar chalecos antibalas o disfrazarse, destruir información o borrar grabaciones, registrarse, o no, en mecanismos para la protección a periodistas, ignorar o seguir las demandas del crimen organizado, dejar de reportar las noticias sobre crímenes, entre otras, (González de Bustamante & Relly, 2021).

No obstante, estas resistencias extraordinarias, como las conceptualizan González de Bustamante & Relly (2021), tampoco se dan en términos de rebeliones o insurrecciones; las principales diferencias respecto a las resistencias cotidianas es que no son sutiles, encubiertas o disfrazadas, sino resistencias declaradas y con implicaciones notables tanto para el periodista como para el medio de prensa en el que trabaja.

Importante recalcar, como lo hizo Scott con las rebeliones campesinas, es que estas formas

extraordinarias de resistencias constituyen muchas veces para los periodistas el punto culminante de sus resistencias, el acumulado de múltiples comportamientos resistentes cotidianos que se fueron manifestando durante determinado tiempo.

Aunque algunas de las formas de resistencias cotidianas enunciadas por González de Bustamante & Relly (2021) son muy particulares y específicas de contextos de violencia contra periodistas, constituyen un primer intento por aterrizar la propuesta teórica de James Scott al escenario periodístico.

Las concepciones de James Scott (1985, 2000) permitirán establecer un marco conceptual y teórico que sustente la noción de resistencias cotidianas en el periodismo. En la propuesta que se detalla en el apartado de resultados, se tendrán en cuenta algunas de las formas de resistencia cotidianas enunciadas por el propio Scott, sobre todo las que tienen que ver con las formas disfrazadas y ocultas del discurso, y que no son exclusivas de los periodistas, sino que pueden ser empleadas por cualquier individuo, en contexto diversos, para manifestar sus resistencias de manera encubierta.

Sin embargo, se proponen también otras resistencias cotidianas que se asocian directamente al quehacer periodístico y que responden en esencia a las rutinas y procesos de producción en los que se insertan los profesionales de la prensa. Se trata de formas de resistencia ocultas y encubiertas pero que se dan en el día a día a través de la práctica y actividad periodística.

El objetivo de esta propuesta es ofrecer un marco teórico y conceptual general que pueda servir

de base y sustento a estudios posteriores sobre las resistencias en el ámbito periodístico, un tema en el que ha primado hasta el momento la carencia de ambos aspectos.

Método

La propuesta de corte teórico desarrollada en este artículo, se deriva de una tesis doctoral en curso que estudia las formas de resistencias cotidianas de los periodistas de medios oficiales en Cuba. A partir de la revisión de la literatura precedente para elaborar el estado de la cuestión, se pudo constatar que en las investigaciones en periodismo, a diferencia de otros campos de estudio, se ha abordado escasamente el tema de las resistencias.

Los estudios en periodismo que se acercan a las formas de resistencia de los profesionales de la prensa no han desarrollado un marco conceptual, teórico, ni metodológico que permita replicar estudios similares en contextos diversos, sobre todo porque la noción de resistencia se emplea indistintamente sin una definición concreta y en la mayoría de los casos no constituye el objeto de estudio de las investigaciones.

Al intentar estructurar un marco teórico para el estudio de las resistencias en el periodismo oficial cubano se hacía necesario un enfoque que ahondara en la posibilidad de resistir, pero no desde el enfrentamiento directo y abierto, sino desde las prácticas, muchas veces imperceptibles, que se dan en el día a día de los reporteros. Sin embargo, los

periodistas cubanos no son los únicos que en este campo profesional tienen motivos para resistir; los periodistas a nivel mundial enfrentan a diario situaciones de diversa índole que los obligan a resistir, y muchas veces en esta profesión, en cualquiera que sea el contexto, la resistencia abierta no resulta viable.

Aunque la investigación de la que deriva esta propuesta se centra en el contexto específico cubano, la apuesta por trabajar las resistencias desde la óptica de James Scott permite adoptar un marco teórico flexible que, bajo la noción de resistencia cotidiana, pueda ser aplicado indistintamente en diversos contextos siempre y cuando se tengan en cuenta las características particulares del entorno de análisis.

Para el desarrollo concreto de la propuesta teórica fundamentada en este artículo se partió de la revisión exhaustiva de dos textos del autor James Scott: *Weapons of the weak. Everyday forms of peasant resistance* (1985), y *Los dominados y el arte de la resistencia. Discursos ocultos* (2000).

El primer libro, de corte más antropológico, porque es el resultado del propio trabajo de campo realizado por Scott en una comunidad de Malasia, aportó fundamentalmente el marco conceptual necesario para entender la noción de resistencia cotidiana. Las discusiones en torno a la pertinencia, o no, de hablar de otras maneras de comprender las resistencias y el ejemplificarlas a partir de las formas que empleaban los campesinos para resistir de forma cotidiana, permitieron establecer aspectos generales para la comprensión de este concepto y abrir la posibilidad a la existencia de diversas formas y

niveles en los que se manifiestan las resistencias cotidianas.

Por su parte, el segundo texto, *Los dominados y el arte de la resistencia. Discursos ocultos* (2000), es un libro de corte más teórico en el que los trabajos de campo y estudios antropológicos del autor constituyen un valor añadido para intentar comprender las relaciones entre el poder, la hegemonía, la resistencia y la subordinación (Scott, 2000). Es a partir de este libro que se construyen las dos dimensiones generales para el estudio de las resistencias cotidianas de los periodistas: las formas del discurso disfrazadas y ocultas y las formas del discurso oculto como práctica.

Si bien este libro de Scott, sirvió de guía para decidir y organizar estas dimensiones fundamentales y conceptualizarlas, los aspectos relacionados con el quehacer propio del periodismo se alejan un tanto de sus aportes aunque mantienen sus fundamentos principales.

En ese sentido fue de importancia los resultados de la investigación de Celeste González de Bustamante y Jeannine E. Relly (2021) recogidos en el libro *Surviving México. Resistance and resilience among journalists in the Twenty-first Century*. En él se abordan las resistencias de los periodistas mexicanos ante amenazas y agresiones desde la perspectiva de las resistencias extraordinarias y cotidianas, estas últimas conceptualizadas a partir de James Scott, entre otros autores.

La propuesta teórica que se desarrolla en el siguientes apartado explicita, en primer lugar, el porqué de analizar las resistencias en el contexto periodístico desde la noción de resistencias

cotidianas. Posteriormente se proponen y detallan dos dimensiones generales para orientar un estudio empírico sobre las resistencias cotidianas de los periodistas a partir de las formas del discurso disfrazadas y ocultas y las formas del discurso oculto como práctica.

Resultados

Las formas de resistencias cotidianas en el contexto periodístico

Los periodistas trabajan en entornos cotidianos donde convergen relaciones de poder y dominación de diversa índole que van desde las influencias que se producen al interior de las redacciones según las jerarquías de poder y las relaciones entre los individuos, hasta las presiones externas que pueden venir tanto de las estructuras del poder político y económicas como de anunciantes o de amenazas y agresiones por parte de organizaciones del crimen organizado como ha sido documentado, por ejemplo, en México y Colombia (Barrios & Miller, 2020; González de Bustamante & Relly, 2021).

A la hora de determinar a qué o a quién (es) se resisten los periodistas y cuáles son las relaciones de poder que desencadenan sus resistencias, incide el contexto particular en el que se desarrollan esas resistencias. Se puede establecer como generalidad que existen relaciones de poder y dominación que se producen al interior de las organizaciones de medios y otras que aparecen como influencias externas. Las particularidades de cada redacción, sus rutinas,

características organizacionales, los valores compartidos por los periodistas en un determinado entorno y las características de escenario social, político y económico en el que se desenvuelve el periodismo, determinarán las formas en las que el poder se manifiesta.

La propuesta que se detalla en este apartado no intenta, por tanto, establecer a qué se resisten los periodistas, sino esbozar algunas dimensiones que podrían orientar los futuros estudios sobre las prácticas y modos de actuación resistentes de los periodistas.

Como se planteaba anteriormente, las resistencias en el ámbito periodístico tienen muchos puntos en común con las nociones aportadas por Scott (1985) sobre las resistencias cotidianas, dado que las resistencias de los periodistas muy pocas veces pueden darse en términos de insurrección y solo en determinados escenarios pueden adoptar formas más abiertas y declaradas.

Sería más acertado pensar en las manifestaciones de resistencia de los periodistas como micro resistencias cotidianas, comportamientos y actitudes diarios que en algunos casos se muestran de formas más visibles que otros. Las relaciones de poder a las que están sujetos los reporteros los obligan a recurrir a formas sutiles y encubiertas de resistencias, prácticas que en ocasiones se mantienen bajo el velo de una especie de disfraz o que se esconden tras las propias prácticas periodísticas.

Del mismo modo que para los campesinos que describía Scott, la resistencia abierta y declarada era muy arriesgada porque significaba perder su medio de subsistencia; para los periodistas, el resistir

abiertamente puede traer consecuencias significativas sobre su desempeño laboral como perder el empleo, quedar en posiciones de vulnerabilidad y precarización o perder oportunidades de crecimiento profesional. Por razones de seguridad, la resistencia se disfraza, se oculta, se silencia (Scott, 2000).

En *Los dominados y el arte de la resistencia*, Scott (2000) sugiere que las múltiples estrategias que usan los grupos subordinados para introducir su resistencia, disfrazada, en el discurso público, se manifiestan en un espacio que no se apega a la oposición abierta y colectiva contra los detentadores del poder, pero que tampoco cae en la total obediencia. Surge entonces una pregunta, cómo hacen los periodistas para manifestar su disidencia sin que ello implique una oposición abierta o la obediencia total.

Utilizando los postulados del antropólogo norteamericano como punto de partida se proponen dos dimensiones generales para abordar las resistencias cotidianas en el contexto periodístico, una se relaciona con las formas del discurso disfrazadas y ocultas, y la otra con las formas del discurso oculto como práctica.

Algunas aclaraciones antes de pasar a detallar estas dimensiones. Las resistencias en el periodismo no siempre estarán orientadas a la confrontación; las resistencias de los periodistas también pueden manifestarse en términos de evasión, acomodamiento o negociación. En algunas ocasiones confrontar, incluso de manera sutil, a quienes ostentan el poder, puede traer menos ganancias para los periodistas que si optan por evadir, por ejemplo,

las imposiciones de los superiores y de las fuentes, si logran negociar términos medios para no renunciar del todo a publicaciones que les interesan o disminuir un poco la censura. Hasta el emplear estrategias para acomodarse dentro de un ambiente de dominación u opresión puede constituir una forma de resistencia, sobre todo si estas le permiten al periodista convivir en ese espacio sin caer en conflictos de intereses o arriesgarse a perder el empleo.

Los modos de actuación de los individuos, sus comportamientos, actitudes y diferentes formas de expresión y del lenguaje se asumen como discursos. Según Scott (2000), “el proceso de dominación produce una conducta pública hegemónica y un discurso tras bambalinas, que consiste en lo que no se le puede decir directamente al poder” (p. 21).

Tanto los que ostentan el poder como los que están en posición de subordinados construyen un discurso oculto que esconde sus verdaderas intenciones y que no forma parte del discurso público, o sea, del discurso que se comparte abiertamente. Para los grupos subordinados, ese discurso oculto representa una crítica a los poderes establecidos, pero es una crítica que se da a espaldas de quienes tienen el control (Scott, 2000).

Las resistencias cotidianas manifiestas por los periodistas a través de las formas del discurso disfrazadas y ocultas no son más que las maneras que encuentran los reporteros para transmitir sus mensajes disidentes sin que estos se comprendan como una oposición abierta y declarada. Se trata de técnicas que disfrazan el mensaje o disfrazan al mensajero evitando una confrontación directa (Scott,

2000) y que pueden encontrarse en escenarios y contextos diversos porque no son exclusivos de los periodistas.

Por su parte, las formas del discurso oculto como práctica tienen que ver con la labor específica de los periodistas. Son los recursos propios de la profesión que los reporteros utilizan para resistir al poder de manera sutil y cotidiana, sin que esto provoque alteraciones o cambios radicales al interior de las redacciones de prensa. Varios de estos mecanismos forman parte del quehacer cotidiano de los periodistas pero pueden ser empleados como formas de resistencia cuando se utilizan con el propósito de enfrentar o evadir alguna forma de dominación, amenaza u opresión.

Formas del discurso disfrazadas y ocultas

Las formas del discurso disfrazadas y ocultas guardan estrecha relación con la propuesta de James Scott. Según el autor “como los editores prudentes de un periódico de oposición en una situación de estricta censura, los grupos subordinados tienen que encontrar maneras de transmitir su mensaje manteniéndose como puedan dentro de los límites de la ley” (Scott, 2000, p. 169). Se trata entonces de resistir mediante el disfraz cotidianamente sin sobrepasar los límites no escritos, pero reconocidos por todos como tales.

El anonimato constituye una de las técnicas básicas del disfraz, pero en este punto se refiere al anonimato en medio de las relaciones sociales entre los individuos, sobre todo aquellas que se dan en una dirección más informal, no en el sentido que se verá

más adelante de los periodistas al utilizar seudónimos para escribir y mantener en el anonimato la autoría de los trabajos.

Como forma del discurso oculto, el anonimato busca proteger la identidad del individuo que resiste al poder y disipa el miedo a las represalias, pero a la vez posibilita la crítica directa porque las responsabilidades individuales sobre los discursos se diluyen. El anonimato puede manifestarse, por ejemplo, a través del chisme, el rumor, los mensajes anónimos.

No hay espacio social y laboral, y eso incluye a las redacciones periodísticas, en el que el chisme y el rumor no tengan cabida; sin embargo, también pueden ser utilizados para confrontar al poder sin que se sepa a ciencia cierta de dónde viene la oposición. El chisme puede convertirse incluso en una sanción o agresión socialmente compartida porque su intención, por lo general, es arruinar la reputación de una persona o varias y desacreditarlas; al mismo tiempo que carece de un autor, cuenta con múltiples transmisores que distribuyen la información (Scott, 2000).

Por otro lado, el rumor posibilita que información ambigua y dudosa sobre acontecimientos de interés para un determinado grupo circule de boca en boca; pero en ese proceso el rumor sufre alteraciones que lo hacen acercarse más a las esperanzas, aspiraciones, ansiedades, temores y visión del mundo de quienes están en situaciones de subordinación (Scott, 2000); es una forma muy sutil de hacer circular las verdaderas creencias y puntos de vista de los individuos.

En el caso de los mensajes anónimos pueden funcionar como amenazas y advertencias, pero también como acusación, por ejemplo, cuando se delata a los poderes inmediatos ante los poderes superiores, o cuando se saca a luz pública determinadas cuestiones que hasta ese momento habían permanecido ocultas. Es una especie de golpe contra el poder, pero que no se sabe de dónde viene.

Otra técnica del discurso oculto son los eufemismos, una especie de alusión a un insulto que nunca llega a manifestarse completamente. Una blasfemia a medias, que debe ser entendida por todas las partes en cuestión pero que a la vez permita negar el insulto en caso de ser necesario, por lo que constantemente poner a prueba los límites lingüísticos de lo aceptable (Scott, 2000). El eufemismo es una suerte de ofensa solapada, entre líneas, frases cuyo significado dependerá de la interpretación que se le quiera dar.

Scott (2000) encuentra también en el refunfuño una de las formas del discurso disfrazadas. A su juicio, refunfuñar o murmurar entre dientes constituye una queja velada, un tipo de acto cuya intención es transmitir una idea de descontento e inconformidad precisa pero que puede ser fácilmente negable, y en el que entran otros recursos de comunicación con similar intencionalidad como pueden ser un gemido, un suspiro, un quejido, una risa contenida, un silencio oportuno, un guiño o una mirada fija (Scott, 2000).

En el contexto periodístico el refunfuño aparece sobre todo en el contexto de la redacción, cuando el reportero se enfrenta a trabajos no deseados, cuando está en desacuerdo con las

decisiones editoriales o cuando no comparte las directrices impuestas por los superiores, entre otras situaciones. Por lo regular, en estos casos el primer indicio de inconformidad se da, por ejemplo, a través de una queja o murmullo entre dientes, una expresión de disgusto, desinterés apatía o descontento; incluso ese refunfuño puede ser compartido con aquellos más allegados al periodista.

Por último, dentro de las formas del discurso disfrazadas y ocultas está la cultura oral; aunque Scott (2000) le otorga mucha importancia a las tradiciones orales (cuentos populares, canciones, ritos, etc.) que comparten las clases populares, también habla de la comunicación oral que se produce en espacios informales y es a ese sentido al que se hará referencia. Durante la comunicación que se da entre amigos, con colegas cercanos, conversaciones privadas que incluyen a un número reducido de sujetos, existe una mayor posibilidad de tomarse libertades y expresar de manera más clara y evidente las verdaderas creencias, puntos de vista e intenciones.

Para Scott (2000), el ámbito de la conversación privada es el más difícil de infiltrar, y parte de la relativa impunidad que tiene la palabra hablada se debe a que no media a su bajo nivel tecnológico. No obstante, en el mundo actual en el que muchas de las conversaciones “privadas” ocurren a través de redes socio digitales en las que pueden conservarse registros de lo expresado, la impunidad está en juego; sin contar que también por medio de estas el chisme y el rumor pueden adquirir dimensiones y alcances mayores.

Hasta este momento se han señalado algunas de las formas del discurso disfrazadas y ocultas a través de las cuales los periodistas pueden manifestar resistencias sutiles y encubiertas sobre todo en los marcos de la organización de medios. Se trata, entonces, de mecanismos resistentes que pueden ser utilizados por todos los individuos en diversos contextos, pero hasta el momento los investigadores no han ahondado en cómo los periodistas los emplean y con qué objetivos.

Una idea del antropólogo norteamericano da paso a las formas de resistencias que se describirán en el siguiente acápite; las formas de resistencia cotidiana y el discurso oculto no solo se manifiesta a través de refunfuños y quejas tras bambalinas, se realizan a la par de otro conjunto de estrategias concretas y también discretas que desarrollan los individuos. Esto lleva a plantear que múltiples mecanismos que se dan en la propia práctica periodística pueden ser empleados también como formas de resistencia.

Formas del discurso oculto como práctica

Las resistencias cotidianas que podrían manifestarse a través de las formas del discurso oculto como práctica, aunque se sustentan teóricamente y de forma general en los planteamientos de Scott (2000), se desligan del contexto en el que las abordó el autor y se centran en la práctica periodística.

Algunas de las formas del discurso oculto como práctica que aborda Scott (2000) pudieran esclarecer este punto. El autor señala que en el caso de los esclavos, por ejemplo, algunas de esas

estratagemas incluían el robo, la sisa, la ignorancia fingida, el ausentismo, la labor descuidada o morosa, los incendios deliberados, las fugas, el sabotaje de las cosechas, el ganado y la maquinaria, entre otras. Los campesinos, por su parte, desarrollaban prácticas como la caza furtiva, la ocupación de tierras, la recolección ilegal de granos, las rentas incompletas en especie o el no pagar los tributos feudales.

Los comportamientos y actitudes que se enuncian a continuación y que pudieran catalogarse como formas del discurso oculto tienen lugar en la práctica periodística, esto es, en las rutinas que llevan a cabo los reporteros durante los procesos de construcción de las noticias dentro y fuera de las redacciones como espacio físico. Se abordarán sobre todo aquellas prácticas cotidianas que pueden ser comunes a varios contextos dentro del periodismo y que no responden a circunstancias o escenarios específicos. Siempre que se estudien las resistencias de los periodistas deberá tenerse en cuenta el contexto particular que se investiga para identificar posibles comportamientos resistentes que surjan a partir de condicionantes concretas.

Dado que existen muy pocos estudios empíricos que den cuenta de las formas de resistencia de los periodistas en sus espacios cotidianos de producción, se dificulta hacer una sistematización de las mismas. Por tanto, se plantea aquí una propuesta inicial que puede ser enriquecida en la medida que surjan nuevas investigaciones sobre las resistencias de los periodistas. No obstante, investigaciones como la de González de Bustamante & Relly (2021) orientan hacia un punto de partida.

Una de las formas más frecuentes de resistencia para los periodistas podría ser la autocensura. En algunos contextos funciona como un mecanismo para protegerse a sí mismos, a sus familias y a sus fuentes de información (González de Bustamante & Relly, 2021). Aunque la autocensura es la inhibición del periodista en su propio desempeño o una respuesta anticipada a determinadas influencias internas y externas al medio, también en términos de resistencia puede ser concebida como una forma del periodista de evadir y frenar anticipadamente la injerencia sobre su trabajo. Incluso puede funcionar como una resistencia del periodista para evitar ser despedido.

Muy relacionado con la autocensura, son los diferentes mecanismos que los periodistas utilizan para resistirse a la censura que viene de niveles superiores de jerarquía en los medios de prensa. En ese sentido las redes sociales y las diferentes plataformas en Internet han ayudado a los periodistas a romper los cercos de la censura que les impide publicar en sus medios de prensa sobre determinado tema. Muchas veces los perfiles y blogs personales de los reporteros se convierten en espacios de denuncia o de análisis de determinado asunto y el auge que toman las discusiones en estos espacios virtuales obliga a la dirección del medio a hablar sobre lo censurado previamente.

En ocasiones no es posible enfrentar a quienes censuran a los periodistas de esta manera y resulta más productivo negociar con los superiores sobre determinado tema, puede que en esa negociación no se gane en todos los aspectos pero al menos se logra publicar el trabajo. Algunos

periodistas también optan por proponer reportes o partes de estos sabiendo incluso que serán censurados, pero su resistencia consiste exactamente en eso en hacer llegar a manos del editor un texto periodístico que cumple con sus expectativas aunque luego sea modificado.

El escribir bajo seudónimos o mantener el anonimato en determinadas publicaciones también puede ser para los periodistas una forma de resistencia, un mecanismo de protección, una forma de evitar amenazas directas, de eludir la censura, y hasta de evitar ser asesinados; pero puede ser además un recurso para tener presencia más allá de los medios para los que se escribe.

El no cubrir ciertos temas podría ser otra forma de los periodistas resistir de manera encubierta en sus prácticas diarias. Para los periodistas en contextos de violencia o agresión, el no abordar temas relacionados con las guerras entre el crimen organizado constituye una forma de resistencia cotidiana (González de Bustamante & Rely, 2021). Pero el evitar ciertos temas polémicos, contradictorios, con un fuerte componente crítico o que pongan en tela de juicio a determinadas instituciones, organismos o políticas estatales, puede funcionar también para los periodistas como una forma de no buscarse problemas y conservar sus puestos de trabajo. Por ejemplo, en contextos autoritarios o donde se percibe un fuerte control estatal, de los anunciantes o partidos políticos sobre la prensa.

González de Bustamante & Rely (2021) encontraron en su investigación que entre las resistencias cotidianas de los periodistas mexicanos

ante las amenazas y violencias de las que son objeto está el evitar determinadas fuentes de información, por ejemplo, la policiaca. Una de las alternativas ante el miedo y las amenazas que enfrentan los periodistas es desarrollar un periodismo precavido que entre sus estrategias tiene el apego a los datos y fuentes oficiales por temor a represalias (Rodelo, 2009); de modo que, por un lado, el excluir ciertas fuentes de información o el restarle protagonismo puede ayudar a no viciar de antemano el texto; pero en otros, recurrir a ciertos tipos de ellas puede ser un recurso para buscar respaldo y salvar responsabilidad sobre lo dicho.

Algunas prácticas cotidianas de los periodistas pueden ser consideradas resistencias, pero están naturalizadas y normalizadas a tal punto que no se piensa en ellas como mecanismos a través de los cuales el periodista puede indicar algún tipo de resistencia o desacuerdo. En ese sentido, el hecho de que un periodista se ausente del trabajo puede estar asociado a una inconformidad con su trabajo o ser un recurso para evitar determinada cobertura periodística. Pero, quizás el ausentarse no sea conveniente porque incide directamente sobre su salario y sea más provechoso para el periodista ser moroso, descuidado en su trabajo o fingir ignorancia ante determinado tema.

Muchos de los recursos hasta aquí mencionados pueden parecer, más que formas de resistencias cotidianas, comportamientos comunes entre los periodistas, sin embargo, de eso se tratan las formas del discurso oculto como práctica. Cuando los modos de actuación de los periodistas, sus discursos simbólicos y prácticas en el día a día tengan

como intención, objetivo o finalidad el resistir determinadas estrategias de dominación, aunque sea de manera encubierta, esos comportamientos sutiles y cotidianos se convierten también en formas de resistencias igual de sutiles y cotidianas.

Conclusiones

Pensar en las resistencias como algo inherente al individuo obliga a tener en cuenta que la resistencia no puede ser entendida únicamente en términos de revolución, protesta o insurrección. Que James Scott haya introducido un concepto como el de resistencias cotidianas contribuye a salvar esas distancias.

Afirmar que desde lo cotidiano, sutil y encubierto también se puede resistir, constituye una manera de otorgar valor a esas resistencias que no suelen ser reconocidas como tal, pero que son las estrategias utilizadas por muchos individuos para quienes el enfrentamiento abierto y declarado contra la opresión o relaciones de poder diversas no es una opción viable.

Justamente, el traer a colación estas discusiones al contexto periodístico permite ver al periodista también como un sujeto resistente en sus espacios cotidianos. Las influencias y presiones internas y externas a los medios de prensa, las relaciones de poder y jerarquización en las redacciones, las condiciones de precarización y vulnerabilidad laboral, la falta de autonomía e insatisfacción laboral, las amenazas y contextos de inseguridad, entre otros factores a los que pueden

estar expuestos los periodistas en su quehacer cotidiano, hacen que las resistencias sean una posibilidad para poder lidiar con esas circunstancias.

Aunque algunos estudios en periodismo han abordado la cuestión de las resistencias de los profesionales de la prensa, pocas veces se ha logrado conceptualizar qué se asume como resistencia en los espacios cotidianos de producción de los reporteros. La carencia de referentes teóricos utilizados sobre el término ha llevado a un empleo superficial del mismo o a concentrar el estudio de las resistencias asociadas a los procesos de cambio estructurales-organizativos y tecnológicos en las redacciones, pero muchas veces las resistencias tampoco son el objeto de estudio de estas investigaciones.

Muy pocos autores en el campo periodísticos, a excepción por ejemplo de González de Bustamante & Relly (2021), han logrado ir más allá del delimitar la existencia de comportamientos resistentes por parte de los periodistas y adentrarse en el cómo se manifiestan esas resistencias; qué tipo de acciones verbales o prácticas, manifestaciones cognitivas o subjetivas involucran; qué intenciones u objetivos se persiguen a través de ellas; qué tan evidentes o reconocibles pueden llegar a ser.

La propuesta desarrollada en este artículo constituye un acercamiento teórico para de alguna manera orientar los estudios futuros sobre resistencias en el periodismo. A partir de los planteamientos de James Scott (1985, 2000) sobre las resistencias cotidianas se ha abordado uno de los tipos de resistencias que pueden desarrollarse con más frecuencia en el escenario mediático.

En el periodismo resistir abiertamente en determinadas circunstancias puede no ser viable, pero eso no quiere decir que entre los reporteros prime la aceptación y la obediencia. Muchos comportamientos, actitudes y reacciones de los periodistas en sus entornos laborales podrían ser catalogados como formas de resistencias cotidianas, sutiles y encubiertas, aunque esto no excluye la posibilidad para el periodista de resistir de forma declarada.

La aplicación de los postulados de Scott (1985, 2000) sugiere pensar las resistencias cotidianas de los periodistas a partir de formas del discurso disfrazadas y ocultas, así como de las formas del discurso oculto manifiestas en la práctica. Las primeras se asocian con aquellas técnicas empleadas por los periodistas que disfrazan tanto el mensaje como al sujeto que lo produce para evitar a toda costa una confrontación directa. Las segundas, tienen que ver más con aquellos mecanismos propios del quehacer periodístico que permiten al reportero de alguna manera enfrentar o evadir las diferentes relaciones de poder o dominación que se producen en sus espacios cotidianos.

Siguiendo a Scott (2000), los periodistas, al igual que los campesinos y otros individuos en situaciones de opresión o descontento, podrían resistir cotidianamente a través de formas del discurso disfrazadas y ocultas como el anonimato, incluyendo el chisme, el rumor, los mensajes anónimos; los eufemismos, que tratan de enmascarar esos insultos hechos a medias, las ofensas solapadas; las quejas, murmullos entre dientes, expresiones de

disgusto, desinterés, apatía o descontento que se asumen como refunfuños; o simplemente por medio de las conversaciones informales en la comunicación oral que se da entre colegas y en círculos más estrechos.

No obstante, desde el propio quehacer periodístico también es posible manifestar resistencias cotidianas y de ello hablan las formas del discurso oculto como práctica. Para los periodistas la autocensura, el excluir de su agenda determinados temas, evitar ciertas fuentes de información o buscar respaldo en otras, utilizar seudónimos o escribir bajo anonimato, convertir sus redes socio digitales en espacios de denuncia y abordar en ellas ciertos temas censurados en sus medios, entregar trabajos a sabiendas de que serán objeto de censura, el ausentarse de la redacción, ser morosos y descuidados en su trabajo y hasta el negociar con los superiores en ciertas circunstancias, pueden ser consideradas formas de resistencias, siempre teniendo en cuenta los contextos particulares en los que se desenvuelven los reporteros.

La propuesta de resistencias cotidianas en el periodismo abordada en este artículo no pretende abarcar todas las formas de resistencias posibles en el entorno mediático y tampoco intenta establecer las mencionadas anteriormente como las únicas resistencias cotidianas posibles. El escaso abordaje del tema de las resistencias en el periodismo permite a esta autora, junto con otras como González de Bustamante & Relly (2021), establecer un punto de partida teórico que en adelante podrá ser enriquecido a partir de estudios empíricos.

Referencias bibliográficas

- Abu-Lughod, L. (1990). The romance of resistance: tracing transformations of power through Bedouin women. *American Ethnologist*, 17(1), 41-55. <https://doi.org/10.1525/ae.1990.17.1.02a00030>
- Anderson, G. (2008). Mapping Academic Resistance in the Managerial University. *Organization*, 15(2), 251-270. <https://doi.org/10.1177%2F1350508407086583>
- Barrios, M. M. y Miller, T. (2020). Voices of resilience: Colombian journalists and self-censorship in the post-conflict period, *Journalism Practice*, 15(10), 1423-1440. <https://doi.org/10.1080/17512786.2020.1778506>
- Bonfil, G. (1990). *México profundo, una civilización negada*. Grijalbo.
- Brown, M. F. (1996). On resisting resistance. *American Anthropologist*, 98, 729-735. <https://doi.org/10.1525/aa.1996.98.4.02a00030>
- Bunce, M. (2019). Management and resistance in the digital newsroom. *Journalism*, 20(7), 890-905. <https://doi.org/10.1177%2F1464884916688963>
- Carr, C. L. (1998). Tomboy resistance and conformity. *Gender & Society*, 12(5), 528-553. <https://doi.org/10.1177%2F089124398012005003>
- Coleman, G. (2017). From Internet farming to weapons of the Geek. *Current Anthropology*, 58(15), 91-102. <https://doi.org/10.1086/688697>
- Courpasson, D. (2015). Impactful resistance. *Journal of Management Inquiry*, 25(1), 96-100. <https://doi.org/10.1177%2F1056492615600354>
- Courpasson, D., Dany, F., & Clegg, S. (2012). Resisters at work: generating productive resistance in the workplace. *Organization Science*, 23(3), 801-819. <http://dx.doi.org/10.1287/orsc.1110.0657>
- Daniels, G. L., & Hollifield, C. A. (2002). Times of turmoil: short- and long- term effects of organizational change on newsroom employees. *Journalism and Communication Quarterly*, 79(3), 661-680. <http://dx.doi.org/10.1177/107769900207900308>
- De Certeau, M. (1996). *La invención de lo cotidiano. I. Artes de hacer*. Universidad Iberoamericana.
- Fleming, P. (2005). Metaphors of resistance. *Management Communication Quarterly*, 19(1), 45-66. <https://doi.org/10.1177%2F0893318905276559>
- Fleming, P., & Sewell, G. (2002). Looking for the good soldier, svejk: ~ alternative modalities of resistance in the contemporary workplace. *Sociology*, 36(4), 857-873. <https://bit.ly/3v0oKgK>
- Friedman, E., Pickowicz, P. G., & Selden, M. (2005). *Revolution, resistance, and reform in Village China*. Yale University Press.
- Goldstone, J. A. (1991). *Revolution and rebellion in the early modern world*. Berkeley. University of California Press.
- González de Bustamante, C., & Rely, J. E. (2021). *Surviving México. Resistance and resilience among journalists in the Twenty-first Century*. University of Texas Press.

- Hanusch, F., Hanitzsch, T., & Lauerer, C. (2015). 'How much love are you going to give this brand?' Lifestyle journalists on commercial influences in their work. *Journalism*, 18(2), 141-158. <https://doi.org/10.1177%2F1464884915608818>
- Harding, N. H., Ford, J., & Lee, H. (2017). Towards a performative theory of resistance: senior managers and revolting subject(ive)s. *Organization Studies*, 38(9), 1209-1232. <https://doi.org/10.1177%2F0170840616685360>
- Hebdige, D. (1979). *Subculture. The meaning of style*. Routledge Taylor & Francis Group.
- Hollander, J. A., & Einwohner, R. L. (2004). Conceptualizing resistance. *Sociological Forum*, 19(4), 533-554. <http://dx.doi.org/10.1007/s112060-004-0694-5>
- Hughes, D. M., Mladjenović, L., & Mršević, Z. (1995). Feminist resistance in Serbia. *European Journal of Women's Studies*, 2(4), 509-532. <https://doi.org/10.1177%2F135050689500200406>
- Klein, F. (2008). Los movimientos de resistencia indígena. El caso Mapuche. *Gazeta de Antropología*, 24(1). <http://dx.doi.org/10.30827/Digibug.7072>
- Leblanc, L. (1999). *Pretty in punk: girls' gender resistance in a boys' subculture*. Rutgers University Press.
- Lijia, M., & Vinthagen, S. (2018). Dispersed resistance: unpacking the spectrum and properties of glaring and everyday resistance. *Journal of Political Power*, 11(2), 211-229. <https://doi.org/10.1080/2158379X.2018.1478642>
- McCabe, D., Ciuk, S., & Gilbert, M. (2019). "There is a crack in everything": an ethnographic study of pragmatic resistance in a manufacturing organization. *Human Relations*, 73(7), 953-980. <https://doi.org/10.1177/0018726719847268>
- Mathison, S. (2019). Resistance in the quotidian life: with special attention to daily life in schools. *Cultural Logic: Marxist Theory & Practice*, 23, 55-67. <https://doi.org/10.14288/clogic.v23i0>
- McAdam, D., Tarrow, S., & Tilly, C. (2004). *Dynamics of contention*. Cambridge University Press.
- Mulholland, K. (2004). Workplace resistance in an Irish call centre: slammin', scammin' smokin' an' leavin'. *Work, employment and society*, 18(4), 709-724. <https://doi.org/10.1177%2F0950017004048691>
- Norbäck, M. (2019). Glimpses of resistance: Entrepreneurial subjectivity and freelance journalist work. *Organization*, 28(3), 426-448. <https://doi.org/10.1177%2F1350508419889750>
- Profitt, N. J. (1996). "Battered women" as "victims" and "survivors": creating space for resistance. *Canadian Social Work Review/Revue Canadienne de Service Social*, 13, 23-38. <https://www.jstor.org/stable/41669609>
- Retegui, L. (2017). ¿Convergencia o divergencia? Tensiones alrededor de los procesos de trabajo en el diario La Nación (2009-2013). *Divulgatio. Perfiles académicos de posgrado*, (4), 89-103. <https://doi.org/10.48160/25913530di04.452>
- Rubin, J. W. (1995). Defining resistance: contested interpretations of everyday acts In A. Sarat & S. S. Silbey (Eds.), *Studies in Law, Politics, and Society XV* (pp. 237- 260). JAI Press.

- Rodelo, F. V. (2009). Periodismo en entornos violentos: el caso de los periodistas de Culiacán, Sinaloa. *Comunicación y Sociedad*, 12, julio-diciembre, 101-118. <http://www.scielo.org.mx/pdf/comso/n12/n12a5.pdf>
- Ryfe, D. M. (2009a). Broader and deeper. A study of newsroom culture in a time of change. *Journalism*, 10(2), 197–216. <https://doi.org/10.1177%2F1464884908100601>
- Ryfe, D. M. (2009b). Structure, agency, and change in an American newsroom. *Journalism*, 10(5), 665-683. <https://doi.org/10.1177%2F1464884909106538>
- Salaverría, R., & Negrodo, S. (2008). *Periodismo integrado. Convergencia de medios y reorganización de redacciones*. Sol 90.
- Schulte, W. (2014). Newsroom resistance: an ethnographic study of the modern news worker, policies, and organizational dissatisfaction. *The IAFOR Journal of Media, Communication and Film*, 2(1), 129-144. <https://doi.org/10.22492/IJMCF.2.1.08>
- Scott, J. C. (1976). *The moral economy of the peasant*. Yale University Press
- Scott, J. C. (1985). *Weapons of the weak. Everyday forms of peasant resistance*. Yale University Press.
- Scott, J. C. (2000). *Los dominados y el arte de la resistencia. Discursos ocultos*. Era.
- Singer, J. B. (2004). More than ink-stained wretches: the resocialization of print journalists in converged newsrooms. *Journalism & Mass Communication Quarterly*, 81(4), 838-856. <https://doi.org/10.1177%2F107769900408100408>
- Skocpol, T. (1979). *States and social revolutions*. Cambridge University Press.
- Tameling, K., & Broersma, M. (2013). De-converging the newsroom: strategies for newsroom change and their influence on journalism practice. *The International Communication Gazette*, 75(1), 19-34. <https://doi.org/10.1177%2F1748048512461760>
- Tilly, Ch. (1978). *From mobilization to revolution*. Random House.
- Vinthagen, S., & Johansson, A. (2013). “Everyday Resistance”: Exploration of a Concept and Theories. *Resistance Studies Magazine*, 1, 1-47. <https://www.researchgate.net/publication/303516884>
- Weitz, R. (2001). Women and their hair. *Gender & Society*, 15(5), 667-686. <https://doi.org/10.1177%2F089124301015005003>
- Yin, L., & Liu, X. (2014). A gesture of compliance: media convergence in China. *Media, Culture & Society*, 36(5), 561 –577. <https://doi.org/10.1177%2F0163443714532975>
- Zanin, A. C., & Bisel, R. S. (2017). discursive positioning and collective resistance: how managers can unwittingly co-create team resistance. *Management Communication Quarterly*, 32(1), 31-59. <https://doi.org/10.1177%2F0893318917717640>